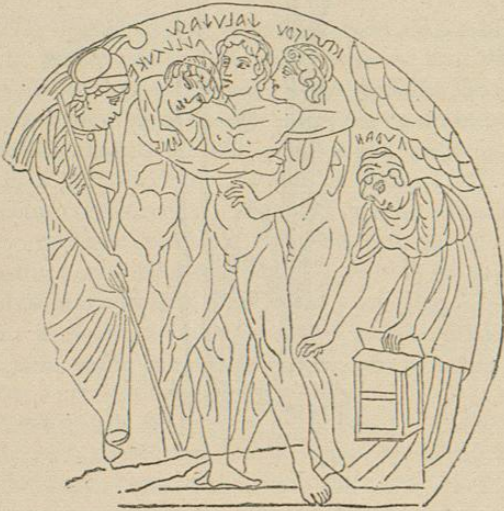


sa á Venus, y Casmilos, el *ordenador*, á Ero. El dios supremo, Axieros, permanecía por encima de la triada, emanación de sí mismo.

Hase dicho que todas las religiones de la antigüedad fueron cultos de la *naturaleza naturalizante* y de la *naturaleza naturalizada*. La expresión es tan bárbara como exacta. De estas religiones, unas pertenecían al puro naturalismo, otras dieron origen al antropomorfismo, por el cual acababan todas.

Estando considerados los Cabires como el principio de las cosas, el símbolo de la generación hacía un papel importante en su culto y en su historia figurada (1). En un espejo tusco - tirreno del siglo IV antes de nuestra era, se ven dos de los tres Cabires, de que se hicieron los Dioscuros Cástor y Pólux, matando al más joven á vista de Venus, que abre el cisto en que se encerraron los despojos del dios y en presencia de la sabia Minerva, que asiste tranquila y serena á esta muerte, no verdadera, sino aparente. La vida, en efecto, sale de la muerte: el dios resucitará cuando Mercurio le toque con su vara mágica.



Los Cabires (2)

La iniciación en los misterios de la isla de Samotracia quedó como un acto de alta piedad, así entre los romanos como entre los griegos. Roma fué puesta en relaciones directas por la leyenda con la isla pelágica. El Paladión y los Penates robados por Eneas á las llamas de Troya y que eran la garantía del imperio, en manos del pelago Dardano, según fama, hubieron de pasar de Samotracia á orillas del Escamandra, de donde pasaron por fin á Roma.

Vesta, la diosa de la llama inextinguible, que figuró con tanto honor en las religiones italianas, debe de haber sido también una divinidad de los pelasgos; pero pertenecía á todos los pueblos de la raza aria, como quiera que era la representación femenina del Agni de los Vedas.

Los pelasgos y los que imitaron sus procedimientos de construcción prestaron á los supuestos descendientes de los troyanos un servicio que no se ha considerado bastante.

(1) El culto de faló era en el mundo greco-romano un resto de la religión del *Yonilingam*, que reinó en gran parte del globo y aun existe en cierta región de la India (*Revue archéol.*, 1877).

(2) Dibujos sacados del *Diccionario de antigüedades*.

(3) Véanse los muros de Norba. Veinte siglos hace que no existe esta ciudad, tomada é incendiada por Sila; pero sus muros son el más curioso espécimen italiano de la arquitectura ciclópea. La ciudad se alzaba en una escarpa que dominaba las lagunas pontinas: el recinto subsiste casi íntegro; no tiene torres para defender el pie del muro, pero la puerta principal está flanqueada por dos como bastiones.

(4) Se ha creído mucho tiempo que los ligures eran iberos. Su lengua es indo-europea, dice Arbois de Jubainville (*Les premiers habi-*

Los muros ciclópeos, de que habían rodeado tantas ciudades de la Italia central, salvaron á Roma en la segunda guerra púnica, impidiendo que Aníbal ocupara una sola de sus inexpugnables fortalezas, que defendían los aproches del *Ager romanus*. Así, por espacio de diez y seis años, el heroico cartaginés no tuvo en la península más que el recinto de su campamento (3).

Hacia ya dos siglos que dominaban en Italia los pelasgos, cuando los sicanos, expulsados de España por una invasión céltica, y los ligures, venidos de la Galia (4), se extendieron por el litoral mediterráneo, desde los Pirineos hasta el Arno. En Italia ocuparon con diversos nombres una gran parte de la Cisalpina y las dos vertientes del Apenino septentrional. Sus continuos ataques, sobre todo los de los sicanos, que habían avanzado más hacia el S., obligaron á los sículos á retirarse de las orillas del Arno. Era el principio de los desastres de esta nación que se había llamado autóctona para probar sus derechos á la posesión de Italia.

Cuando cuatro siglos después bajaron de sus montañas los etruscos, expulsaron á los ligures del rico valle del Arno, rechazándolos hasta las orillas del Macra. Con todo eso, hubo por mucho tiempo aún sangrientos combates entre uno y otro pueblo, y á pesar de su puesto avanzado de Luna, no pudieron mantenerse los etruscos en quieta posesión de las fértiles tierras que riega el Serchio (*Ausar*). Cerca de allí, en el San Pellegrino, la cima más elevada del Apenino septentrional (1,573 metros), y en las impracticables gargantas de que desciende el Macra, habitaban los apuanos, que desde lo alto de sus montañas espiaban los caminos y la llanura, y no daban tregua ni descanso á los mercaderes y labradores toscanos.

Separados en tantos estados como valles tenían, y siempre en armas unos contra otros, conservaron sin embargo estos pueblos el nombre general de ligures y algunos usos comunes á todas sus tribus: el respeto al carácter de los feciales y la costumbre de declarar la guerra por medio de embajadores. Sus costumbres eran también semejantes en todas partes, y eran las de los pobres montañeses, á los cuales había dado la naturaleza el valor y la fuerza en lugar de los bienes de un suelo fértil (5).

Las mujeres trabajaban allí como los hombres en las más rudas faenas é iban á ajustarse para la siega á los campos inmediatos, mientras sus maridos surcaban el mar en débiles naves hasta la Cerdeña y aun hasta Africa contra los ricos negociantes de Marsella, de Etruria y de Cartago (6). No había ciudades, á no ser Génova, su mercado común, pero sí numerosos y pobres villorrios, ocultos en las montañas, donde los generales romanos no encontraron nunca nada que tomar. Algunos, muy pocos prisioneros, y largas hileras de carros cargados de armas groseras fueron siempre los despojos de los triunfos ligurienses.

Pocos pueblos tuvieron tal reputación de laboriosa actividad, de sobriedad y de bravura. Durante 40 años sus tribus aisladas tuvieron en jaque desde sus montañas el poder romano y no se dió cuenta de ellos sino arrancándolos de aquel ingrato suelo (7), donde vivían siempre bajo el amago

tants de l'Europe); escéltica, añade Maury (*Comptes rendus de l'Académie des inscrip.*, 1870).

(5) *Assuetum malo Ligurum* (Virg., *Georg.*, II, 168).

(6) Posidonio. ap. Strab., III, IV, 17, y Diod., V, 39. Sus descendientes van aún á buscar á las costas de Cerdeña y de Argel la pesca y el coral que no les da el mar de Liguria por la gran profundidad de las aguas cerca de las costas.

(7) Cuarenta mil apuanos, los más bravos de los ligures, fueron transportados al país de los hirpinos, y treinta veces, si no hay error en el texto de Plinio (III, 6), se obligó á los ingaunos á cambiar de morada. *Ingaunis Liguribus agro tricies dato*. Es el método asiático.

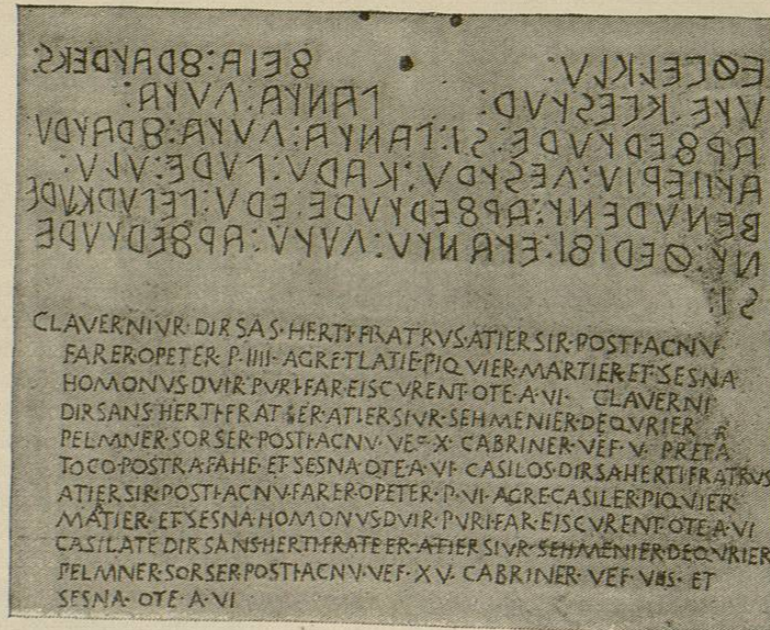
del hambre, pero donde tenían lo que era para ellos el primero de los bienes, la libertad.

Al otro extremo de la Cisalpina habitaban los venetos, contrastando los dos pueblos como los dos países. En medio de aquellas hermosas llanuras, fecundadas por tantos ríos, bajo el más dulce clima de Italia, los venetos ó los *victoriosos* (1), como se les llamaba, trocaron su pobreza y su bravura por costumbres enervadas y tímidas. Tenían, según parece, cincuenta ciudades, y Padua, su capital, fabricaba telas de lana fina y paños, que exportaba á gran distancia por el Brenta y el puerto de Malamoco; los caballos que criaban eran solicitados para las carreras de Olimpia, y hasta Grecia y Sicilia iban á vender el ámbar amarillo que sacaban del Báltico. La industria y el comercio

acumularon en sus manos riquezas, que con frecuencia saquearon los piratas del Adriático; pero nunca se les vió en armas, y sin combate ni resistencia recibieron vergonzosamente la dominación romana. Una vida demasiado fácil había debilitado su valor.

Habiendo entrado en Italia después de los liburnos de la Iliria, ó viniendo acaso de las orillas del Danubio (2), fueron rechazados los venetos á las montañas del Veronés, del Trentino y del Bresciano por los euganios, que habían poseído el país antes que ellos y dejaron su nombre á una cadena de colinas volcánicas entre Este y Padua.

Al N. de los Venetos, los carnios, probablemente de origen céltico, ocupaban el pie de las montañas que tomaron su nombre, y salvajes ilirios ocuparon la Istria.



Fragmento de las Tablas Eugubinas ó de Iguvicio (3)

En una época probablemente contemporánea de la invasión de los ligures, llegaron los úmbrios (4) (*Amra*, los nobles, los valientes), que tras sangrientos combates se hicieron dueños de todos los países poseídos por los sículos en las llanuras del Po. Continuando sus conquistas á lo largo del Adriático, rechazaron hacia el S. á los liburnos, de los cuales apenas quedaron restos (pretucios y peligros) (5), á orillas del Pescara, y penetraron hasta el monte Gargano, donde se conserva todavía su nombre. Al O. de los Apeninos sometieron parte de los países situados entre el Tíber y el Arno (6). Los sicanos, que allí se habían establecido, se vieron envueltos en la ruina de los

(1) Es el sentido dado por Hesychius á la palabra *Henetes* 'Ἐνετίδας πώλορος.

(2) Mannert sostiene su origen eslavo.

(3) M. Breal, el erudito autor de la obra titulada *Las Tablas Eugubinas*, ha tenido la bondad de darme el texto de la tabla V en caracteres etruscos y latinos. Son dos decretos dados por la cofradía de sacerdotes que hizo grabar las Tablas Eugubinas. El primer decreto, cuyo final solamente se reproduce aquí, está en letras etruscas y el segundo en letras latinas; pero la lengua de los dos documentos es la misma, la umbria. Sólo damos la traducción del principio.

Ehvelkliu feia fratreks ute kvestor panta muta adferture si. *Rogationem faciat fraticus aut quastor quantam multa adfertori sit.* Panta muta fratri Attiediu mestru karu pure ulu benurent *Quantam multam fratrum Attidiorum major pars qui illuc venerint* adferture eru peppurkurent herifi Etantu mutu adferture si. *adfertori esse jusserint (quantam) libet, tanta multa adfertori sit.*

Puede ponerse la edad de estos textos entre el segundo y primer siglo antes de la era cristiana; pero la lengua es mucho más antigua.

sículos, y muchos troyales reunidos de ambos pueblos emigraron juntos, Tíber allende. Pero allí encontraron nuevos enemigos: alentados por sus desastres, los aborígenes los fueron rechazando poco á poco hacia la Enotria, cuyos habitantes los forzaron á su vez á buscar con los morgetas un refugio á la isla á que dieron su nombre. Los sicanos compartieron otra vez más su suerte con ellos y pasaron después á Sicilia (7).

Herederos de los pelasgos del norte de Italia, dominaron los úmbrios los Alpes hasta el Tíber por una parte, y hasta el Gargano por otra, y dividieron este vasto país en tres provincias: la Isumbría ó baja Umbria, en las llanuras medio inundadas del Po inferior; la Olumbría ó alta Umbria, entre el Adriático y el Apenino, y la Vilumbría ó Umbria marítima, entre el Apenino y el mar Tirreno.

(4) El origen gálico de los úmbrios, acreditado desde la antigüedad, hubo de ser aceptado por algunos escritores modernos; pero inscripciones encontradas en Umbria, en la frontera, es verdad, del país de los sabinos, anuncian una lengua latina; sería menester entonces referir los úmbrios á los oscos sabelianos. Plinio (III, 14) dice de ellos: *gens antiquissima Italia*. Los recientes trabajos de Breal han probado que el úmbrio era un idioma itálico, lo que por lo demás no resuelve la cuestión etnológica. Desjardins hace ligures de este pueblo; Jubainville los refiere á los latinos.

(5) Ovidio, que era peligno, da á este pueblo origen sabino (*Fast.*, III, v. 95).

(6) El Umbrón saca de ellos su nombre.

(7) Dionisio (I, 73) y Tucídides (VI, 2) datan esta emigración á 200 años después de la guerra de Troya, sin ninguna certeza, por supuesto.

A la manera de los celtas y los germanos, habitaban en poblaciones abiertas, en medio de las llanuras, desdendiendo resguardar su valor, como los pelasgos y etruscos, detrás de altas murallas, pero expuestos también, después de una derrota, á irreparables desastres. Dícese que cuando los etruscos descendieron á la Lombardia, vencidos los úmbrios, perdieron de un golpe trescientas poblaciones. Con todo eso, en los cantones montuosos de la Umbría, sus ciudades, á ejemplo de las tirrenias que se alzaban en las cercanías, estaban asentadas en las alturas y rodeadas de muros (1): así Tuder, cerca del Tíber, Nuceria, al pie del Apenino, Narnia, sobre una roca que domina el Nar, Mevania, Interamna, Sarsina, Sentino, etc., que por su construcción revelan una civilización más prudente, pero también más adelantada.

Por espacio de tres siglos subsistió el imperio de los úmbrios y valió á este pueblo gran fama de poderío; pero fué destruído por la invasión etrusca, que les ocupó las llanuras del Po y la Umbría marítima, donde los ataques de los tirrenios, dueños de parte del país, hubieron de debilitar su poder. Confinados entonces entre el Apenino y el Adriático, sufrieron allí la influencia y hasta la dominación de sus vecinos. Caracteres etruscos se ven en sus monedas; hállanse también en sus tablas eugúvinas, con palabras que al parecer pertenecen á la lengua de los raseñas; en fin, los adivinos de la Umbría no tenían menos fama que los augures toscanos.

Muchas veces se unieron contra los mismos adversarios. Así los úmbrios siguieron á los etruscos á la conquista de la Campania, donde las ciudades de Nuceria y de Acerra recordaban por sus nombres otras dos ciudades de la Umbría, y tomaron también parte en su grande expedición contra los griegos de Cumas. Cuando comprendió la Etruria que la causa de los samnitas era la de toda Italia, la Umbría no le faltó en este último día: sesenta mil úmbrios y etruscos que quedaron en el campo de batalla de Sutri atestiguaron la antigua alianza y acaso la fusión de los dos pueblos. Finalmente, cuando la pérdida libertad no dejó ya otra alegría que el placer y la molicie, se entregaron á esta flaqueza y permanecieron aún unidos en una misma reputación de intemperancia (2). Ambos también habían tenido los mismos enemigos que combatir: Roma y los galos, con la diferencia, debida á la disposición de los lugares y á la dirección del Apenino, que cubría la Etruria contra los galos y la Umbría contra Roma, de que ésta había parecido al principio más temible á los etruscos, á quienes no separaba de ella ninguna barrera, y aquellos á los úmbrios, cuyo país se abría sobre el valle del Po. Los senones invadieron buena parte de terreno y tomaron siempre al través de la Umbría en sus correrías hacia el centro y el S. de la península.

Los úmbrios estaban divididos en numerosas tribus independientes y unas vivían en las ciudades y otras en el campo. Así, mientras la masa de la nación hacía causa común con los etruscos, los camertes trataban con Roma sobre la base de una perfecta igualdad. Ocrículo obtuvo

(1) Estas fortificaciones son acaso obra de los etruscos, porque la Umbría les estuvo sometida mucho tiempo: *Umbría vero pars Tuscia* (S. xv. in *Ann.*, XII, 753), Tito Livio (V, 33) dice sin restricción que el imperio toscano abrazaba entre los dos mares toda la amplitud de Italia.

(2) *Aut fastus Umber, aut óbesus Etruscus* (Catulo, XXXIX, 11). Sobre la disolución de las costumbres etruscas. V. Teop. en Aten, XII, 14.

(3) Plinio, *Hist. nat.*, III, 14.

(4) V. L. Ranke, *Historia del papado*, II, 198.

así la alianza romana, pero los sarsinates se atrevieron á atacar solos á las legiones y suministraron á los cónsules dos triunfos.

Plinio también contaba en su tiempo en la Umbría hasta 47 pueblos distintos (3), y esta separación de las poblaciones urbanas y rústicas, esta pasión de la independencia local, esta rivalidad de las ciudades fueron siempre el estado normal de la Romanía, de la marca de Ancona y de casi toda Italia.

En el siglo xv, como en la antigüedad, había en la Romanía comunidades de campesinos enteramente libres y todas las ciudades formaban municipalidades rivales (4). Así, aquella enérgica raza que no conoció el espíritu procesivo de los romanos entre los cuales la fuerza decidía del derecho, aquellos hombres que Napoleón proclamó como los mejores soldados de Italia, sufrieron fácilmente, á causa de sus divisiones, el ascendiente de Roma y obedecieron, después al más flaco de los gobiernos.

III

ETRUSCOS

Nuestra civilización occidental tiene también sus misterios, como el viejo Oriente; y la Etruria es para nosotros lo que el Egipto era antes de Champolión. Sabemos muy bien que fué habitada por un pueblo industrial, comerciante, artista y guerrero, rival de los griegos á la vez que sufriendo su influencia, y poderoso y temido durante mucho tiempo en el Mediterráneo. Pero este pueblo desapareció dejándonos por enigma una lengua desconocida y por prueba de lo que había sido innumerables monumentos: vasos, estatuas, bajo-relieves, molduras, objetos preciosos por la materia y la labor: un pueblo bastante rico para sepultar con sus caudillos, tesoros con que poner á sueldo un ejército ó construir una ciudad; bastante industrial para inundar á Italia de productos; bastante civilizado para cubrir de inscripciones sus monumentos y sepulcros. Pero todo esto es mudo, y la ciencia moderna, herida de impotencia, no ha sabido interpretar aun más que unas veinte palabras de la lengua etrusca (5). Los retratos que nos dejaron de sí mismos en sus sepulcros no dicen más de ello. Aquellos hombres rechonchos y obesos, de nariz corva y frente deprimida, no tienen nada de común con el tipo griego ó italiota, ni son de la misma raza que los personajes de afilados rasgos representados en sus vasos.

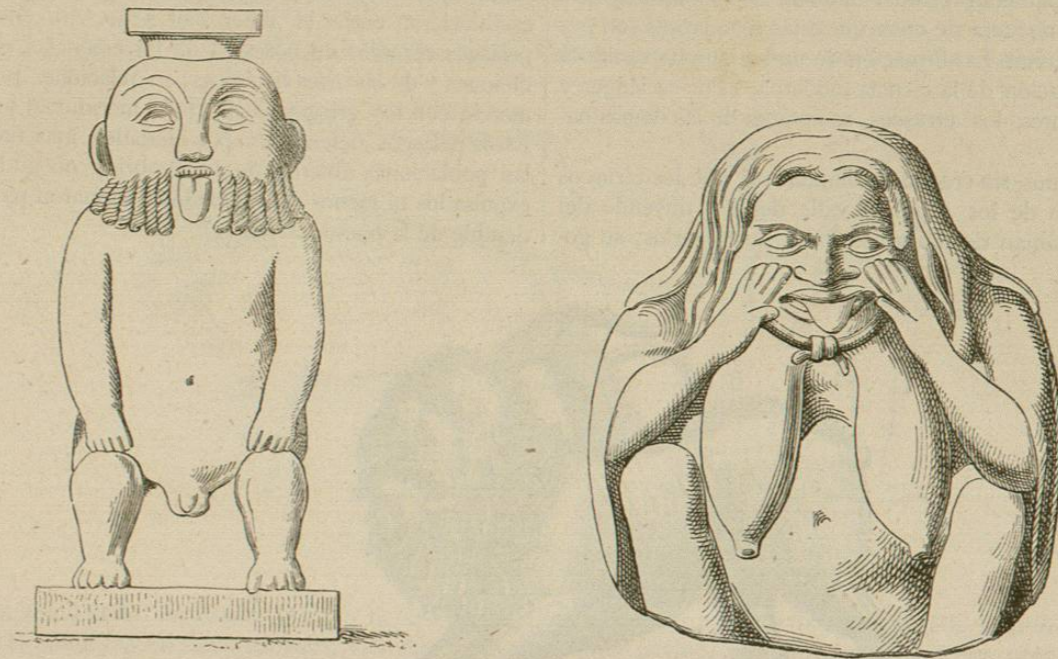
¿De dónde venían? Los mismos antiguos lo ignoraban. Engañados por el nombre de los tirrenios, que habían precedido á los etruscos al norte del Tíber, los griegos los tomaron por pelasgos y los hicieron viajar de la Tesalia y del Asia Menor hasta Toscana. Mas por testimonio de Dionisio de Halicarnaso, su lengua, sus leyes, sus usos, sus costumbres, su religión, nada tenían de común con los pelasgos. Niebuhr y Müller hacen salir á los etruscos ó raseñas, como ellos mismos se llaman, de las montañas de Retia (6). Nada, en efecto, se opone á que los etruscos que

(5) Véase la obra de Noël de Vergers: *La Etruria y los etruscos, ó diez años de excavaciones en las Maremmas toscanas*. Varrón (*De ling. Lat.* IV, 9) habla de tragedias etruscas que se habían perdido. Tenemos más de dos mil inscripciones, pero no podemos comprenderlas, y Max Müller ha tenido que hacer caso omiso del etrusco. Las interpretaciones de Corsen, llamado un momento el *Edipo de la esfinge etrusca*, no han resistido á la crítica y la esfinge sigue muda.

(6) Tito Livio (V, 33), Plinio (III, 20) y Justino (XX, 5) sostienen al contrario que los retenses son etruscos refugiados en los Alpes después de la conquista de la Lombardia por los galos. Niebuhr supone

colocaban al norte (1) la morada de sus dioses y les daban el nombre escandinavo de Ases (2), sean considerados como una tribu asiática, que luego de haber penetrado en Europa por los desfiladeros del Cáucaso, hubieran dejado al S. la

península de los Balkanes, ocupada por las razas pelásgicas, y subido el valle del Danubio hasta los Alpes del Tirol. La dominación de los sacerdotes, la división en clases rigurosamente separadas y el predominio del dogma de la fatali-



Figuras ventradas (3)

dad son caracteres que se encuentran más y más salientes á proporción que se retrocede en el curso de los siglos y nos acercamos más al Asia. La civilización etrusca tiene de



Gorgona etrusca (Museo Campana).

común también con las literaturas semíticas la omisión de las vocales breves, la duplicación de consonantes y la escritura de derecha á izquierda. El enano Tages hace pensar en los enanos hábiles y en los magos de la Escandinavia, á la vez que las figuras ventradas encontradas en Cervetri,

que la lengua singular de Groeden, en el Tirol meridional, es un resto de la lengua etrusca. Muchos nombres de lugares recuerdan allí á los raseñas, y el Museo de Trento conserva vasos y figurillas de bronce con inscripciones etruscas, descubiertos en aquella provincia. Últimamente, en 1877, se encontraron en la Valtelina, no lejos de Coma, objetos etruscos de muy remota antigüedad (*Revue arch.* Set. 1877, pág. 204). Ogiuli ha procurado probar en el *Giornale Acadico* el parentesco de los germanos y etruscos. Noël de Vergers, que ha buscado la solución del problema, sobre todo en el estudio de los monumentos figurados, está dispuesto á aceptar la tradición de Herodoto, el origen lidio. Pero la plástica puede haber sido introducida en Etruria, poste-

las gorgonas cuyas representaciones son tan numerosas, esos dioses de cuatro alas, dos abiertas y dos caídas, esas esfinges, esas quimeras que guardan las inmediaciones del palacio de la muerte, esos animales desconocidos en Italia, leones y panteras que se devoraban, esos escarabajos egipcios, esos géneos buenos y malos, como los *deus* de la Persia, que conducen las almas al mundo infernal, en fin, multitud de detalles de ornamentación, suponen imitaciones del Oriente ó recuerdos guardados de la patria primitiva.

Hemos acercado más atrás las dos razas industriales y en todas partes perseguidas de los fineses y pelasgos, y podemos acercar igualmente los dos pueblos que ocuparon su lugar: la enigmática lengua de los raseñas, de los runos escandinavos; Odín, los Ases y las familias reales de los godos, de los lucumones toscanos, nobles y sacerdotes á la vez. Como los germanos reunían los etruscos lo que el Oriente separa, la religión y las armas, la clase de los sacerdotes y la de los guerreros. Si los godos creían en la muerte de los dioses y eran osados á luchar con ellos, los etruscos predecían la renovación del

riormente á la llegada de los etruscos, por el comercio, ó anteriormente por los tirrenios. En resumen, el problema permanecerá insoluble mientras no conozcamos la lengua etrusca.

(1) Fest. s. v. *Sinistro aves*.

(2) *Esar. Etrusca lingua, Deus vocaretur* (Suet., oct. 97).

(3) Nos desagrada mucho dar estas figuras, cuyas análogas no se encontrarían en el arte griego. Pero los etruscos, tan hábiles de suyo en la fabricación de bronce, de vasos y joyas, conservaban el gusto de los pueblos bárbaros para los monstruos que servían de espantajos. Creyendo representar lo terrible, representaban lo repugnante ó ridículo. Pero nosotros debemos presentar este carácter de su plástica.



Personaje con cuatro alas (Atlas del B. A., t. III, p. 24)